

SIN CIENCIA NO HAY FUTURO. BAYER Y EL GLIFOSATO EN EUROPA¹

El difícil camino hacia la sostenibilidad

Una mañana de mayo de 2020, Protasio Rodríguez, Director de Bayer Crop Science en Iberia y Commercial Lead de la compañía para el área mediterránea, saboreaba su café a primera hora de la mañana con Carlos Vicente, Corporate Engagement & Government Affairs Lead de la compañía para España y Portugal, a la espera de poder conectarse a la videoconferencia programada con sus colegas europeos, mientras comentaban el largo proceso que les había llevado hasta aquí.

Ambos habían desarrollado una dilatada carrera profesional en Monsanto, y se habían integrado en la nueva estructura de Bayer, trabajando siempre en el mundo de la agricultura y la biociencia, para aportar productos y soluciones tecnológicas que mejorasen la productividad agrícola de los agricultores.

En sus años de ejercicio habían tenido que afrontar no pocas veces campañas y ataques contra la compañía, sus productos y el propio sector, pero nunca —ambos coincidían— con un desgaste similar al que venían soportando con el glifosato en Europa.

Los dos recordaban cuando, hacía ya años, este herbicida de amplio espectro, desarrollado en 1974 por Monsanto se había convertido en un genérico al haber perdido su última patente en 2000, pero aun así se mantuvo como producto estrella en la protección de cultivos en todo el mundo.

Sin embargo, su cuestionamiento por el sector de las ONG medioambientalistas y grupos activistas en la Unión Europea había llevado a convertir lo fácil —una simple extensión de la autorización administrativa para el uso del glifosato— en una batalla política y social en la Unión, de más de 5 años de duración y de desgaste.

¹ Caso de la División de Investigación de San Telmo Business School, España. Preparado por el profesor Horacio González-Alemán, para su uso en clase, y no como ilustración de la gestión, adecuada o inadecuada, de una situación determinada.

Copyright © agosto 2021, Fundación San Telmo. España.

No está permitida la reproducción, total o parcial, de este documento, ni su archivo y/o transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros procedimientos, sin la autorización expresa y escrita de Fundación San Telmo. Para pedir copias del mismo o pedir permiso para usar este caso, por favor póngase en contacto con el departamento de Edición de Casos, a través del teléfono en el +34 954975004 o por correo electrónico a la dirección casos@santelmo.org.

Tras un intenso proceso y una controvertida decisión de las autoridades de la Unión Europea (UE), una autorización solicitada originariamente para quince años acabó convirtiéndose en una renovación reducida a cinco, hasta 2022, a partir del cual habría que volver a solicitarla de nuevo.

Pero el entorno del negocio había cambiado radicalmente en los últimos años: fusiones y adquisiciones entre los grandes operadores del sector, cambios profundos en el modelo de negocio para pasar de vender productos a vender soluciones completas con un fuerte aporte tecnológico (*smart farming*), y un nuevo marco regulatorio en la Unión Europea que aventuraba grandes cambios hacia una mayor sostenibilidad del modelo.

Además, Bayer estaba en pleno proceso de integración de Monsanto, y a la vez, avanzando en profundas reformas para mejorar su sostenibilidad medioambiental y la de sus productos: asumiendo importantes compromisos de neutralidad en carbono para el 2030 e incrementando sus inversiones en innovación para la protección química y biológica de los cultivos, semillas más productivas y eficientes en el uso de los recursos naturales (agua, suelo y energía), así como en la agricultura digital. El cambio estaba siendo continuo y muy profundo, pero la sociedad no parecía reconocer tales esfuerzos, y lo que era peor, en muchos casos los rechazaba.

La reunión con sus colegas europeos iba a comenzar en breve. Los informes internos ya habían avanzado que, a pesar de la autorización europea de uso, algunos países estaban tomando medidas unilaterales, prohibiendo el uso del glifosato en su territorio para aplicaciones concretas, lo que iba a complicar de manera notable la comercialización de sus herbicidas en todo el continente. Si una decisión adoptada a nivel europeo no era aplicada por igual en todos los países, estaba claro que el negocio lo iba a acusar.

Por otro lado, en 2022 expiraba la autorización de uso del glifosato, y había que empezar a pensar en tomar decisiones... Mientras Protasio apuraba su café, Carlos y él se hacían las siguientes preguntas en voz alta...

- ¿Cómo hacemos para mantener esta línea de negocio de la compañía que tanto valor aporta a la producción agrícola y que nuestros clientes siguen demandando?
- ¿Cómo debemos plantearnos dentro de la compañía la decisión estratégica de renovar la autorización de un producto que es seguro como el glifosato a partir del 2022?
- ¿Cómo vamos a cumplir nuestros objetivos si la sociedad recela de la ciencia y la innovación, elementos fundamentales de nuestro ADN corporativo?
- Si nuestros clientes nos piden conseguir mejoras en la productividad de los cultivos y las autoridades nos limitan los recursos actuales, buscando que el modelo de producción sea más sostenible y reducir la huella de carbono, ¿cuál debe ser nuestra estrategia?

- ¿Volverá la sociedad a recelar de nosotros y las ONG a minar nuestros esfuerzos dirigidos a una evaluación de la seguridad del glifosato de una manera transparente²?

—Ya estamos conectados...

BAYER, BAYER CROP SCIENCE

Bayer era una multinacional químico-farmacéutica fundada en Alemania en 1863, líder mundial en los ámbitos biocientíficos de la salud y de la agricultura.

Su misión, definida como “ciencia para una vida mejor”, estructuraba a la compañía en torno a tres divisiones: Productos farmacéuticos (*Pharmaceuticals*), Salud de los consumidores (*Consumer Health*) y Tecnologías de cultivos (*Crop Science*). La División *Crop Science* poseía unidades dedicadas a la producción de semillas, a la protección de cultivos y al control de plagas no agrícolas. A su vez estaba organizada en dos unidades operativas: *Crop Protection/Seeds* (protección de cultivos y semillas), y *Environmental Science* (Ciencias Ambientales). Mientras la primera comercializaba una amplia gama de semillas y soluciones químicas y biológicas para la gestión de plagas, la segunda unidad estaba dedicada a aplicaciones no agrícolas de productos y servicios para el sector doméstico, la jardinería y la silvicultura.

La compañía contaba con más de 100.000 trabajadores en todo el mundo, unas ventas de 43.545 millones de €, un EBIDTA de 9.544 millones de € y una inversión en innovación de 5.342 millones (datos de 2019). Los primeros datos consolidados de las dos compañías, tras la adquisición de Monsanto por Bayer, se detallan en el Anexo 1.

EL GLIFOSATO

El glifosato es una sustancia activa, componente de una gran variedad de productos herbicidas, que tienen una actividad directa en la protección de las plantas cultivadas frente a las malas hierbas. El glifosato ha llegado a ser el herbicida más utilizado en el mundo.

Es un herbicida “no selectivo”, es decir, que debe aplicarse sobre las malas hierbas a eliminar, pero que no debe entrar en contacto con los cultivos, a no ser que sean tolerantes a esta sustancia activa. Desde finales de la década de 1990 se han desarrollado cultivos modificados genéticamente tolerantes al glifosato. Aunque estos llevan 25 años cultivándose en países clave para la producción agrícola mundial, como EE.UU., Canadá, Brasil, Argentina o Sudáfrica, sin embargo, no están autorizados en la UE.

Los herbicidas a base de glifosato —es decir, formulaciones con glifosato y otros adyuvantes químicos— se utilizaban como herbicidas en la agricultura, horticultura y en

²<https://www.bayer.com/en/commitments/our-commitments-on-transparency-sustainability-and-engagement>